

A PUERTA CERRADA

N

O bajará de la cifra de un millón de personas el número de los asistentes a un partido de fútbol, en cualquier domingo de invierno y en el área del mapa español.

Hay casuales de toda índole, desde el inmenso estadio de los clubs que, como el Real Madrid o el Barcelona, congregan a ochenta o cien mil espectadores, hasta el pequeño campo de los arrabales o de los clubs de pueblo, capaz para tres o cuatro mil espectadores a lo sumo. Esa enorme muchedumbre no solamente vive el fútbol en el momento del partido, sino que sigue sus incidencias durante el resto de la semana. La pasión es la misma para los partidarios de los clubs de primera división que para los de los clubs de segunda, de tercera y aun de categoría regional. Vivimos, desde hace unos años, una "era del fútbol", que se manifiesta en el hervor pasional que las competiciones alcanzan en determinados países. Ya se sigue con interés el proceso de los campeonatos alejados, y sabemos lo que ha hecho el "Inter" de Milán el pasado domingo, o si el "Boca Juniors" va a la cabeza, o no, del campeonato argentino. Los torneos internacionales han ampliado el mapa futbolístico, acercándose a lugares que anteriormente no eran más que unas referencias en el mapa. La muchedumbre está futbolizada y ello comporta la popularidad no solamente de algunos jugadores, sino de una fauna diversa, hecha de directivos, de fedrativos, de masajistas, de entrenadores. El mundo del fútbol es vasto y diverso, mueve muchos millones y se ha convertido, según parece, en el tema social por excelencia, a juzgar por los ecos que produce en las conversaciones callejeras y en los colmados y cafés.

Pero en realidad, la vastedad de este mundo se podía resumir en el hecho de que los domingos, sobre un campo verde, hay cuarenta y cuatro piernas que corren, dos por jugador; y una pelota en medio. La sustancia del acontecimiento es sólo ésta. Jamás tantos millones ni tanta intriga se han polarizado alrededor de sujeto tan mínimo. Lo más curioso de esta leona marejadilla que ocurre en el campo, es el aírón que levanta y que se convierte en tornado impetuoso. Quiere decir que si se llegara a la conclusión de que la pugna entre dos equipos quedara limpia de toda participación exterior, el asunto comenzaría a poder ser tratado como un deporte. Por el momento, la mayoría de las veces, no pasa de ser una algarabía colectiva.

En tiempos históricos, y cuando la pasión estaba más encendida, los responsables del fútbol habían llegado, en más de una ocasión, a cerrar los campos, para que los contendientes dirimieran su pelea sin la intervención del público. Recordamos que algunos partidos entre los llamados "eternos rivales" se habían dado por no válidos y vuelto a convocar a puerta cerrada. Estos partidos, que por disposición gubernativa se celebraban entonces sin público, cobraban un aire patético y dramático como los de una grave investigación química. Muchos "hinchas" permanecían ante la puerta hermética de los campos en que se celebraban, aguardando a que el resultado final resolviera una incógnita, que se dirimía despojada de cualquier presión callejera y al amparo de la fuerza pública. El coscorrón propinado al contrincante con el aplauso de los partidarios, la zancadilla avisosa que es carcajeada y jaleada, quedaban entonces expuestos a la luz personal del juicio del árbitro y de los jueces, sin ningún atenuante ni mixtificación. Los partidos de puerta cerrada eran la quintaesencia del fútbol, una competición plausible y pura de fútbol esquemático, alejado del clamor popular.

Ahora no hay partidos de puerta cerrada. Ahora se vacía todo en un campo, sin reservas. Se vacían en él los millones y las muchedumbres. En cuanto a los primeros, leemos la singular noticia de que el presidente del "Roma", club italiano de primera división, anda como loco buscando un crédito de cien millones de liras para concluir la temporada, en la que ya de su propio peculio ha invertido ochocientos cincuenta millones de liras, cifra que traducida en pesetas es la de ochenta y cinco millones. Si con esta cifra, aún insuficiente, el "Roma" no es campeón del mundo, más le valdría al presidente dedicarse a la prospección de hidrocarburos. Todo ello se ha gastado para que la muchedumbre tenga su puesto al sol los domingos por la tarde y a pesar de que la muchedumbre paga su localidad.

Nosotros nos manifestamos ahora decididamente partidarios de los partidos "a puerta cerrada". Las consideraciones que nos llevan a esta conclusión son de diversa índole. En primer lugar, observamos que los espectadores hacen una discriminación muy clara entre los partidos celebrados en casa y aquellos que se celebran en campo contrario. Si un equipo no es un atlante del fútbol, le es muy difícil vencer al contrincante cuando éste actúa en su propio solar. Equipos mediocres obtienen resultados favorables contra otros muy superiores, sólo por el hecho de jugar en su terreno. Pero si el juego consiste en meter goles al contrario y evitar que se los metan a uno, no vemos qué relación puede haber entre este hecho, que depende de factores físicos y habilidosos, con el lugar en que se dispute la contienda. Ello significa que la mayoría de los goles no los mete la pierna del jugador sino el orjeón de voces, a millares, que están a su contorno. Más valdría que contendieran, por tanto, en terreno imparcial, las dos masas orfeonísticas cuyos intereses se hallan en pugna. Y que constara en los resultados que el Málaga, pongamos por caso, ha ganado por cinco broncas a dos al Pontevedra, es un decir. Los equipos de fútbol podrían enfrentarse, lejos del clamor popular, en campos sin gente, y jugar entonces al fútbol simplemente y no empujados por el vendaval de fuerzas vocingleras, que acercan o alejan la pelota como si fuera de celuloide.

Pero si los jugadores se hallan mediatizados por el coro, como en ciertas tragedias griegas, ¿cómo no lo estará el juez supremo e inapelable del conflicto que se derriba? Antes hemos dicho que en el campo había cuarenta y cuatro piernas, vehículos del litigio, cuando en realidad éstas piernas son cuarenta y seis. En mitad del campo hay un sujeto, cuyo indumento híbrido ya da noticia de una comprometida situación: el chalequín que lleva el árbitro puede recordarnos ese tipo de uniformes sin lustre de ciertos burócratas dotados de los mínimos atributos de autoridad para gobernar simplemente sobre el papeleo de su contorno y sobre el desdichado que se acerca a su ventanilla; pero nada más. Y de mitad de cuerpo para abajo el sujeto va disfrazado de deportista. Esa sirena, mitad pez y mitad matrona, está en el campo asimismo equidistante de lo que ha de gobernar y de lo que le dicen los entarimados, que en general es bastante gordo. Pero él es juez único y decisivo de todo lo que ocurre. No damos crédito a nuestros ojos cuando vemos, en España, tanta autoridad en unas solas manos —o en un solo tipo— frente a la congestión de cien mil desconocidos. Si en obras hidráulicas, carreteras o arbitrios un solo ser tuviera que decidir ante cien mil espectadores, la que se armaba era la de San Quintín. Por una rara y elocuente excepción, un solo tipo innominado arrostra en fútbol tan terrible contingencia. ¿Cómo se le va a pedir a ese aguerrido varón imparcialidad a ultranza, en una operación donde los juicios son muchas veces aleatorios, sujetos a debate y pendientes de matices de interpretación personal? Aunque sólo fuera para calibrar el espíritu de rectitud de esos sufridos varones, deberían celebrarse, de vez en cuando, partidos a puerta cerrada, como antaño.

Todos nos quedamos muy afectados cuando hace cosa de un año la anulación de un gol por un árbitro produjo en Lima una verdadera hecatombe, con más de trescientos muertos, cifra parecida a los que produjo la batalla de Waterloo. Esos muertos hubieran podido evitarlos el árbitro con una leve dosis de caserismo. La gente que asiste a un partido de fútbol se deshumaniza y se convierte en pieza de un huracán. Hemos asistido a fenómenos de transfiguración fulminante de determinados caballeros que, en la vida usual, serían incapaces de matar una mosca, pero que en el fútbol quisieran asesinar al árbitro si se les pusiera a mano. Determinado magistrado, que pasa el resto de la semana enfundado en su toga y pierde horas ponderando el matiz de unos días de cárcel para un delincuente; que siente náuseas en la conciencia cuando quisiera librar a determinados de ellos de una pena que le parece demasiado rigurosa, saltaba ya al campo por encima de la barandilla con una botella en la mano, dispuesto a aporrear a un juez de línea porque había señalado un saque de esquina contra su equipo favorito. Para todos esos pedimos nosotros los partidos a puerta cerrada.

Los árbitros españoles han celebrado su conclave en Madrid; pero los árbitros españoles que se han reunido son sólo treinta y tres, mientras que en las gradas de todo el país estamos un millón de personas. La diferencia numérica es notable. El señor Bernabéu, hace un tiempo, apuntó la posibilidad de que los campos de fútbol se empuñecieran. "Ha pasado ya la hora de los grandes estadios", aventuró, con el propósito de traspasar a una inmobiliaria el del Real Madrid. De momento, mientras eso no ocurra, a nosotros nos gustaría que todos los partidos de fútbol se dieran por televisión, que es una forma cómoda de celebrarlos a puerta cerrada; a puerta cerrada de nuestra propia casa, se entiende.